



LO ESENCIAL DE LA FE, SIN PODER IR AL TEMPLO

Antonio Bonilla Roldán

Todos estamos aprendiendo importantes lecciones en estas circunstancias que hoy vivimos. Para los cristianos es una llamada a la conversión que debe llevarnos a recuperar aspectos fundamentales de nuestra fe.

Tenemos la tentación constante de centrar nuestra religión en el templo, los sacerdotes, las celebraciones, las creencias, los ritos, las procesiones, las romerías, las ofrendas...

Cuando por razones mayores, como ahora, no podemos ir a los templos y nos faltan estas manifestaciones religiosas, muchos creyentes estamos desconcertados y sin saber qué hacer.

Esto nos lleva a buscar en los medios audiovisuales y las nuevas plataformas de comunicación celebraciones de la eucaristía, exposiciones del Santísimo, rosarios, novenas, oraciones, etc.

Sin duda, que vivir la Eucaristía y otras prácticas religiosas por la radio o televisión es hoy una fuente muy importante para alimentar la fe y vivir la comunión con otros cristianos.

Pero estoy convencido de que esta crisis, a causa del coronavirus, nos ofrece a los cristianos una oportunidad de oro para volver al centro del Evangelio, a lo esencial del mensaje de Jesús.

En una primera mirada, debemos recordar que Jesús apenas realizó las prácticas religiosas que nosotros ahora tanto echamos de menos. ¿No habremos olvidado que la fe cristiana es sobre todo un estilo nuevo de vivir, más que la creencia en una doctrina o el cumplimiento de unos ritos?

Jesús vivió una forma nueva de relacionarse con Dios que transformó su existencia. Jesús experimentó a Dios como un Padre lleno de amor que le llevó a vivir, no centrado en el templo y la Ley, sino en el amor y el servicio a los enfermos, los excluidos,



los pecadores, los últimos de la sociedad. Su gran proyecto fue hacer presente el Reino, el mundo que Dios sueña.

Por lo tanto, Jesús nos enseñó la religión de la vida, la calle, el corazón, el hermano, la familia, el trabajo, la honradez, la justicia, el compromiso con los pobres y necesitados, la construcción de un mundo más humano y fraterno.

Por supuesto, que necesitamos orar para experimentar la presencia amorosa de Dios y su cercanía constante que nos sostiene y fortalece siempre de manera misteriosa pero real.

Por supuesto, que echamos de menos la eucaristía como actualización de la vida y la entrega de Jesús, como encuentro fraternal de la comunidad para alimentarnos de su Palabra y su Cuerpo en comunión con toda la Iglesia.

Por supuesto, que son importantes las manifestaciones religiosas públicas como celebraciones festivas y testimonio ante el mundo de nuestro seguimiento de Jesús.

Pero cuando las prácticas religiosas de siempre no son posibles, como ocurre ahora, no podemos hacer un drama como si la vivencia cristiana quedara en suspenso, o como si Dios necesitara nuestras oraciones, prácticas o méritos para seguir amando, perdonando y actuando.

Lo esencial de la fe cristiana podemos vivirlo todos los días, aunque no podamos ir a los templos.

Y lo esencial es experimentar la presencia amorosa de Dios en nuestra vida, y practicar el amor a los hermanos.

Lo esencial es escuchar cada día la Palabra viva de Jesús que nos ilumina y fortalece dando sentido a la vida.

Lo esencial es ser personas justas y auténticas dejando que salga hacia fuera lo mejor que llevamos dentro.

Lo esencial es pasar por el mundo haciendo el bien colaborando a la felicidad de los demás.



Lo esencial, en estos momentos, es compartir el dolor de los que sufren por haber perdido a un ser querido, o el dolor de los enfermos en casa o en el hospital, o el problema de los que no saben cómo salir adelante porque ha cerrado la empresa y no pueden llegar a fin de mes.

Ojalá que esta dura experiencia por la que estamos pasando termine lo antes posible. Pero ojalá también nos ayude a redescubrir lo más auténtico de nuestra fe, lo más genuino que Jesús nos enseñó.

En centro para los cristianos no es el templo de piedra o las prácticas religiosas, sino la experiencia de un Dios que es Padre-Madre que nos ama gratuitamente, que sigue actuando y pidiendo cada día nuestra colaboración.

El centro es el encuentro personal con Jesús y el seguimiento como discípulos y testigos en medio del mundo.

El centro es el hermano, verdadero templo de Dios.

En centro es el amor concreto a los últimos, la solidaridad con los pobres y el compromiso constante por la dignidad de todos los seres humanos.

Ninguna pandemia o circunstancia que pueda presentarse puede privarnos de vivir cada día esta experiencia fundamental de nuestra fe, aunque no podamos ir a los templos o falten las prácticas religiosas a las que estamos acostumbrados.